

primeros días de Julio, tuvo un grupo de diputados la peregrina idea de desarmar á la reacción militante por medio de una amnistía, la ley de olvido. Se decía que el general González Ortega participaba de este modo de ver. Altamirano, un joven diputado del Estado de Guerrero, se hizo intérprete de la opinión de la mayoría de la Cámara y del Gobierno en un discurso que pronto hizo su nombre popular como en los grandes días de la Asamblea nacional el de Mirabeau ó el de Dantón en las jornadas trágicas de la Convención. No había recuerdo de tal intensidad de aura popular rodeando á un diputado mejicano: ni Fagoaga, ni Ramos Arizpe, ni Tornel, ni Gómez Pedraza, ni Otero habían rayado tan alto en el ánimo público. Acaso Arriaga en el Constituyente, Llaca en las luchas épicas contra Santa Anna antes de la guerra americana, el abogado Cuevas en el Congreso de Querétaro, podían equiparar sus popularidades políticas ganadas en la tribuna con la del joven suriano. Quienes lo conocían esperaban mucho de él; sabían cómo, cuando vino de Tixtla á Toluca, en el contingente de NIÑOS APLICADOS que pidió el gobernador Olaguibel á las cabeceras del Estado para educarlos en el Instituto, había llegado aquel indito apenas vestido, pero chispeantes los ojos de curiosidad y deseo de saber cuanto los otros sabían, y cómo había advertido esto Ignacio Ramírez, y cómo había sellado para siempre en la cera de aquella alma hirviente de instintos y energías nuevas la efigie de la libertad, de la rebelión, y cómo ya manumitido y sin más fe que la de la belleza y del genio, sin más religión que la de la Patria, lo había dejado venir á Méjico, en donde había sido (en el colegio de Letrán) para unos tea, antorcha para otros. Ése era Altamirano para sus jóvenes amigos del Congreso; para Riva Palacio, Mateos, Tovar, Castillo Velasco era un poeta, muchos conocían sus versos románticos henchidos de una lava inenfriable de voluptuosidad y de pasión; durante la guerra de Reforma se habían repetido por dondequiera sus estrofas, sus apóstrofes de fuego contra LOS BANDIDOS DE LA CRUZ (así llamaba á los reactivos), y el 11 de Abril de 59, después de la iluminación del Méjico de los clérigos y los soldados en honor de Márquez y de su victoria empapada en sangre, había circulado la imprecación vengadora:

«Ilumínate más, ciudad maldita,
ilumina tus puertas y ventanas;
ilumínate más, luz necesita
el partido sin luz de las sotanas.»

¶ Ése era Altamirano, un literato, un exaltado; el proyecto de amnistía lo reveló orador y tribuno en la alta acepción de la palabra. ¡Qué espectáculo aquél para un muchacho de trece años llegado de provincia el día anterior, sintiendo ya las ideas nuevas, sin comprenderlas; respirando á todo pulmón aquella atmósfera enrojecida de moléculas de fuego, como la que sucede á las grandes erupciones que modifican la costra del globo! ¡Qué espectáculo! Habían resonado palabras de perdón; se había bosquejado la belleza del sacrificio de los justos rencores hecho en aras de la Patria; se había recitado casi el MEA CULPA de los días de formidable violencia en que se pusieron á precio las cabezas de los homicidas pú-

blicos, de los CAINIDAS (verdad es que la amnistía los exceptuaba). Y en este ambiente de sensibilidad y lágrimas se irguió la figurita del suriano; creció luego y dominó la Asamblea, que sintió al gigante en la fuerza sobrehumana de los golpes. Una figurita, sí; el cuerpo pequeño, el color rojo cobrizo de los aztecas de las antiguas colonias militares de Ilhuicamina, la nariz ancha y palpitante entre los pómulos enérgicos y sobre la boca amplísima y abultada que dejaba entrever sin cesar el relámpago nacarado de los immaculados dientes; los ojos oscuros y hundidos y fulminantes ó irónicos ó dulces á veces, con aterciopelamientos de hondas piedad ó de reclamos voluptuosos; la cabeza echada atrás para dejar ver bien la frente pequeña, pero preñada de imaginación y de verbo; la melena lacia, larga, inverosímilmente negra y lustrosa, en que se perdía entera su mano pequeña y elegante de mujer nerviosa; eso fué lo que vió todo el mundo: la Cámara llena de diputados y ministros, las galerías henchidas de ávido público.

¶ Y oyó un discurso cuyo resorte de acero era un argumento irrefutable: al otro día de la victoria se habría comprendido la amnistía; pero en plena lucha, cuando la reacción armada ha hecho problemática y dudosa la potencia del Gobierno para imponerse y domeñarla, es un acto de miedo y es un acto impolítico por contraproducente; no se desarma, se arma á la reacción con una ley semejante en estos momentos. Pero no es justa; porque es necesario castigar inflexiblemente á los culpables, á los grandes y á los menos grandes; á Márquez lo mismo que á Casanova y á Comonfort y á Payno. Y con apóstrofes quemantes como marcas de hierro, y con figuras elegantes que dejaban percibir al lector asiduo de los clásicos (Altamirano leía el latín literario corrientemente), pero llenas de vehemencia y de pasión, se volvió sobre los autores del proyecto, sobre el orador ciceroniano D. Ezequiel Montes y sobre el florido sentimentalismo de Mateos y sobre otros, sobre todos. La asamblea lo seguía jadeante reprimiendo los aplausos, para no interrumpir aquel rumor sonoro de frases acuñadas como medallas de bronce. Cuando Altamirano se sentó después de cerca de una hora de hablar, la ovación fué inmensa, el proyecto de amnistía había muerto. Y el discurso, pocas horas después, corría en los periódicos por todas las manos, lo repetían todos los hombres, amedrentados unos, electrizados otros, admirados todos; no hubo, lo repito, en aquellos días nombre más repetido, figura más popular que la de Altamirano.

¶ En medio de aquella inmensa excitación de ánimos, estalló la ley de suspensión de pagos. Para apechugar con ella, Juárez reformó su Ministerio: ocupó el de Hacienda un hombre muy ducho en el gobierno de oficinas, de expedientes ingeniosos y tranquila audacia, D. Higinio Núñez; á Relaciones y Gobernación fué llamado el abogado poblano D. Manuel M. de Zamacona. Era Zamacona un ministro de Relaciones en grande; de inteligencia refinadamente cultivada, conocedor á fondo del francés y el inglés y familiarizado con las literaturas de en-

trambas lenguas; de trato afable y maneras de gran señor; hasta su aspecto de Ministro europeo de algún monarca constitucional contribuía á su prestigio. No así su oratoria, trabajosa al exteriorizarse por algún defecto en la emisión de la palabra, que corrigió con el tiempo, transformándose en un *SPEAKER* parlamentario de primer orden, quizás el primero entre los que hemos tenido.

¶ El Sr. Zamacona era un liberal *PUR SANG*; constantemente había defendido los principios democráticos y reformistas. Su confianza en sí mismo (que siempre fué imperturbable y en lo que consistieron su debilidad y su fuerza); su ambición de gloria, de renombre, que era vivísima, siempre fué unida en su espíritu al deseo de servir á su Patria, que amó apasionadamente. Esa confianza en sí mismo y esa ambición empeñosamente cultivada, lo empujaban hacia las dificultades con ánimo contento y libre, como quien tiene la completa seguridad de vencerlas. Pero los acontecimientos eran más complejos que lo que el talento cultivadísimo del Sr. de Zamacona podía figurarse; la verdad es que fueron superiores á todas las previsiones de los augures de aquella época fatídica; el único que no presagió, que no profetizó, pero que sí *PRESINTIÓ* con energía invencible fué Juárez; como el procónsul romano ante la conjura de todos los agüeros adversos, Juárez pudo exclamar (porque lo pensó siempre): «El supremo augurio es el amor á la Patria».

¶ En vano el mismo decreto de la suspensión de dos años contenía disposición para liquidar la deuda nacional y ponerla en vía de pago y prometía presupuestos, economías etc.; los plenipotenciarios inglés y francés tomaron una actitud de acorazados al empezar un bombardeo; pusieron plazos perentorios para que se derogara la ley; como el Gobierno seguía manifiestamente la diplomacia de las evasivas, fulminaron el entredicho, excomulgaron al Gobierno de Juárez y arriaron solemnemente sus banderas: uno, Saligny, que representaba á Francia y España, con visible satisfacción; Sir Ch. Wyke, el representante de su Graciosa Majestad Victoria, notoriamente contrariado, porque todas sus simpatías estaban del lado de los reformistas.

¶ El Sr. Conde Dubois de Saligny era un hombre sin escrúpulos de conciencia, digno sucesor del Marqués de Gabriac; de mucho más ilustre abolengo que él, pero tan listo como él para explotar el filón de la salvajería mejicana, que era, en suma, una veta de plata. Saligny era un antipático, no tenía el fluido magnético humano; su espíritu carecía de imán. Dicen que era inteligente, no lo demostró nunca; su cara abultada, rojiza, vulgar, su mirada insolente y sardónica, pero sin llama, habían propagado la impresión de que era un borracho, y en un número de «La Orquesta», el famoso periódico de caricaturas de la época redactado por Carlos Casarín, Riva Palacio y otros, y dibujado, bien espiritualmente á veces, por Constantino Escalante, apareció el retrato de M. de Saligny dentro de una botella ventrada, que decía en su marbete: *VIEUX COGNAC*. Todo esto, en un temperamento de impulsivo como el del representante de Francia, producía deplorable resultado; de ahí las cartas rabiosas que escribía á su país, las notas insolentes que dirigía al Gobierno á veces, y el miedo á una tropelía, que lo tenía continuamente sobresaltado y le hacía ver tentativas de asesinato en

cualquier gritería de estudiantes. Se conquistó por ende el odio profundo del partido reformista, que ignoraba cuánta razón tenía en odiarlo. Saligny, como se probó luego, como no se podía saber entonces, no era sino en apariencia el Ministro plenipotenciario del Emperador de los franceses; en realidad era un agente financiero ó financista del hermano bastardo de Napoleón III, el ávido Duque de Morny, el ELEGANTARUM ARBITER del segundo imperio. Este Petronio de hogaño no era el sibarita virtuoso de que el autor de QUO VADIS nos habla; no era un hombre virtuoso, ni jamás pensó en serlo, ni tenía para qué. Se complacía en la intriga política é intentó (véase «L'Empire Libéral» por Émile Ollivier) crear un MODUS VIVENDI entre el gobierno personal de Napoleón y el parlamentarismo; vana empresa, que M. de Morny, á fuerza de emplear una cortesía refinada de gran señor en la oposición naciente apenas, en el Cuerpo legislativo que presidía, se forjó la quimérica esperanza de realizar; murió y con él cayó «la flecha dorada que remataba el edificio del Imperio» (es Alfonso Daudet quien habla). Pero, lo repetimos, hombre de ostentoso lujo y de placer, devoraba los francos por millones; su hermano tenía abierta para él la mano, y era tanta su benevolencia hacia el hijo de M. de Flahaut, en quien se había transmutado buena parte de la gracia sensual y fina de la reina Hortensia, que llegó á tolerarle y á discutir con él sus derechos hipotéticos á ser considerado como príncipe imperial, según Granier de Cassagnac cuenta, lo que equivalía á oficializar el deshonor de su madre. Morny se resignó á no ser príncipe, mas no se conformó y, símbolo de sus esperanzas, colocó una HORTENSIA en su escudo de armas; esto equivalía á la barra que cruzaba los blasones de los bastardos medioevales.

¶ Era un ávido, dijimos; el lujo ostentoso y refinado, que consideraba obligatorio en su posición; el papel de Mecenas, que intentaba no sólo bosquejar, sino realizar; su amor insaciable de placer y de arte, estimulaban en él incesantemente, no sólo sus anhelos perpetuos de ambicioso sin recompensa, sino sus instintos de ave de rapiña: era un gerifalte, un rapaz heráldico. Alguna vez había pensado en las inmensas riquezas escondidas en el suelo mejicano; su imperial hermano había pensado también en ellas. Sonora era, según se decía, una triple California; las rocas de sus sierras apenas cubrían los minerales de plata tramados de oro; la GOLD FEVER había acelerado á veces las pulsaciones de los aventureros regios, y la intentona de Raouset de Boulbon, que M. Drouyn de Lhuys se apresuró á desautorizar considerándola más bien como un episodio del endémico filibusterismo americano, había sido seguida, de seguro, por todos los votos del joven Ministro del GOLPE DE ESTADO. Poco tiempo después de esto, fué invitado por amigos comunes del mundo de la banca y el negocio, con quienes siempre cultivó ligas estrechas M. de Morny, para asociarse con la casa Jecker y Compañía, mineros y banqueros suizos establecidos en Méjico.

¶ El doctor Jecker, hombre benéfico y entendido, había llegado á adquirir una excelente reputación en la sociedad mejicana; su hermano Juan Bautista era, en realidad, el negociante y poseía acciones de muy buenas minas en los extremos del país, en Sonora lo mismo que en las serranías que confinan con el actual Estado de Guerrero. Estos negocios eran muy precarios por el amago per-

petuo de los guerrilleros en las guerras civiles, diremos «en la guerra civil», porque era ella nuestro estado normal y lo anormal habían sido los períodos de paz. Gracias á este motivo no prosperó la compañía organizada por Jecker y sus sobrinos los Elssesser con Morny, en que Morny sólo ponía, por supuesto, un capital MORAL, quizás por ser el hombre más exquisitamente INMORAL del segundo Imperio. De uno en otro mal negocio, la casa Jecker había llegado á ver su activo bajar á medida que el pasivo tomaba proporciones considerables. Junto con el pasivo de esta casa crecía el del Gobierno de Miramón; Márquez, para poder emprender su campaña de Tepic, se había apoderado de seiscientos mil pesos de la CONDUCTA que custodiaba, y aunque se le había ordenado devolver el dinero, los motivos de su acción subsistían: NO HABÍA RECURSOS. Miramón pensó en creárselos, sacando agua de las rocas, sacando el dinero de las cajas de un fallido. Es verdad que este fallido contaba con el apoyo de casas francesas, sobre todo, que no le dejaban hundirse para salvar parte de sus créditos; y aunque tenía también ó creía tener enemigos poderosos entre los mismos comerciantes franceses, por ejemplo á los señores Labadie, Lelong, etc., éstos, que eran perfectos caballeros de muy sólido crédito y grandes amigos de Méjico, eran vistos muy de reojo por el partido reaccionario. La casa J. B. Jecker y C.^a cuya quiebra aun no se declaraba, porque hasta el año de sesenta se presentó pidiendo esperas, pero cuya situación era bien conocida en el mercado de la capital, se propuso subvencionar la guerra civil mediante un contrato que es el tipo de los contratos de agio, en tal grado que, siendo un desastre para la República, tenía que serlo también para la casa que lo efectuaba. La fortuna y el crédito de Jecker quedaron aplastados al derrumbarse la caja del fisco reaccionario; el ejército francés vino á Méjico para apuntalar con sus bayonetas esas ruinas; nada logró. Los bonos Zuloaga, los bonos Peza eran papeles nacidos de desesperadas combinaciones de agio en que sacrificaba la reacción sus propias rentas para obtener recursos momentáneos. La base de estos empréstitos consistía en la conversión de los antiguos papeles de la deuda interior por otros nuevos que ganasen un rédito mayor y que la Tesorería amortizaba recibéndolos por una ó dos terceras partes generalmente de toda cantidad entrada por impuestos ó del contingente en numerario señalado á los Estados ó Departamentos; tal era el caso de los bonos Peza: emisión de 85 millones decretada por el general Miramón, que se hizo efectiva en más de 57 millones, y en cambio de la cual recogió el Gobierno tacubayense unos siete millones. Después de esta bárbara operación de agio, Miramón quedó tan sin recursos como un año antes, y urgía deshacer á Degollado para ir completamente seguro sobre Veracruz. El negocio de los bonos Jecker nació del apremio de hacer feroz la guerra; fué, pues, un aborto siniestro de nuestra lucha civil.

¶ El ministro de Arista y Comonfort, D. Manuel Payno, en un libro cuya circulación en Europa trataron de impedir los parientes de Jecker («Méjico y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia») y que se imprimió en Méjico por orden del Gobierno constitucional el año de 1862, traza una demostración esquemática, pero muy clara para cuantos están al tanto del